

Valladolid

Semana Santa

Pura maravilla de arte



1000

VALLADOLID

SEMANA SANTA

- **Presentación**
Francisco Javier León de la Riva
Alcalde de Valladolid 3
- **Saluda**
José Miguel Román Vaquero
*Presidente de la Junta de Cofradías
de Semana Santa de Valladolid* 5
- **Las procesiones de Valladolid**
Narciso Alonso Cortés † 6
- **Semana Santa en Valladolid**
Francisco de Cossío † 12
- **Glosa al cartel de la Semana Santa del año 2014**
Ruth Rodríguez Guillén 18
- **Mirar a Jesús y dejarse mirar por él**
Mons. Ricardo Blázquez
Arzobispo de Valladolid 26
- **Pasión evocada, invocada**
Jesús Julio Carnero García
Presidente de la Diputación de Valladolid 32
- **Resoles de resurrección**
Guillermo Garabito 38





Foto: Chema Concellón

Desde hace más de dos mil años, el tiempo de Semana Santa constituye la culminación de un proceso de conversión, meditación y recogimiento que pone al hombre en contacto con las miserias y zonas grises de su actitud vital, de su posicionamiento en el mundo y frente al prójimo, de sus planteamientos morales. Todos necesitamos enderezar nuestra trayectoria de forma periódica, porque son muchas las circunstancias y tentaciones que hacen que nos desviemos de la dirección correcta que debemos seguir para alcanzar nuestro objetivo de vida.

Así pues, pudiera decirse que la Semana Santa es un tiempo necesario para el hombre, más allá del tipo de vivencia —espiritual, estética o rigurosamente turística— que cada cual haga de ella. Y Valladolid es, sin ninguna duda, un lugar excepcional donde llevar a cabo ese “reciclaje” personal, esa puesta a punto de nuestras dimensiones trascendente, sensible y sensorial.

En Valladolid, la experiencia de la Semana Santa es envolvente y arrasadora. La plástica de los desfiles procesionales y de las propias liturgias en el interior de los templos, la disciplina cofrade, los sonidos de la penitencia, el silencio del fervor y la belleza de las mejores piezas de imaginería religiosa... son argumentos irrefutables. La Semana Santa de Valladolid es nuestro más valioso patrimonio inmaterial y testimonia la religiosidad popular y el potencial artístico originario y original de esta tierra. Un patrimonio que hemos sabido conservar y potenciar con excelencia.

En este sentido, el mundo ha de reconocernos el mérito y darnos las gracias. Y ¿saben?: “No hay por qué no darlas”.

Francisco Javier León de la Riva
Alcalde de Valladolid



Un año más vuelve la Semana Santa de Valladolid, una de las más hermosas del mundo. Vuelven los tambores y los capirotes, vuelve el silencio y el recogimiento; vuelven las calles a convertirse por unos días en un excepcional museo de arte al aire libre; vuelve, en fin, a ponerse de relieve el fuerte vínculo entre religión y arte.

Puede parecer un tópico decir que para nosotros, los cofrades responsables de esta manifestación religiosa y artística que viven con devoción decenas de miles de vecinos y visitantes, la Pasión de cada año comienza el Domingo de Resurrección de la edición anterior. Sin embargo, no hacerlo así, no dedicar tanto tiempo a una actividad obligada a cuidar al máximo los detalles, podría dar al traste con todo.

Cuando el último cofrade vuelve a su sede una vez cerrado el calendario procesional, toca hacer balance y aportar ideas para mejorar el programa que se ha desarrollado. Es un hecho conocido que el año pasado la lluvia obligó a suspender numerosas procesiones, incluyendo la General del Viernes Santo, lo que siempre provoca decepción en unos y dolor en otros. No es fácil tomar esas decisiones porque son muy variados los intereses que se mueven alrededor del programa procesional, pero, para nosotros, lo imprescindible es preservar las obras de arte que las cofradías, iglesias, conventos y el Museo Nacional de Escultura nos permiten sacar a la calle, garantizando que la climatología adversa no hará peligrar su integridad.

Al hacerlo, somos conscientes de los perjuicios que pueden crearse en determinados colectivos, pero nuestra responsabilidad con el arte no admite vacilaciones. Como hemos dicho en alguna oportunidad, la Pasión puede abordarse desde diferentes puntos de vista: religioso, social, cultural, artístico o turístico. Sería absurdo despreciar cualquiera de ellos, pero ninguno sería factible sin esas imágenes que forman parte de nuestros desfiles, de nuestra tradición, de nuestra cultura, de nuestra fe. Y por supuesto sin ese gran patrimonio humano que son los cofrades.

Y esos patrimonios, el humano y el artístico, hay que preservarlos. Sin ningún género de duda.

José Miguel Román Vaquero

Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa de Valladolid



Las procesiones de Valladolid

Narciso Alonso Cortés

NARCISO ALONSO CORTÉS



Foto: Pedro Muñoz Rojo

Magníficas son, en el orden religioso y en el artístico, las procesiones de Semana Santa de Valladolid. Quien no las haya visto, podrá acaso formarse idea de su aparato, de su majestad, de su esplendor, pero en modo alguno podrá experimentar las impresiones que solamente ante un conjunto inefable de estímulos espirituales invaden lo más hondo del alma. A su presencia, el piadoso espectador pasa rápidamente por varias y encontradas mutaciones, todas las cuales vienen a la postre a traducirse en un apacible estado de fervor intenso indefinible emoción.

En esas procesiones lo llena todo, o casi todo, la genial concepción del maravilloso escultor Gregorio Fernández. De los tres maestros de la escultura castellana, él, Alonso Berruguete y Juan de Juni, estos dos realizaron una obra artística más recatada y

silenciosa, propia del templo o del museo, mientras que las imágenes animadas y vividas de Gregorio Fernández parecen creadas para recibir la luz y el aire, para mostrarse en plena vía pública a la vista atónita de los creyentes, y arrancar de ellos el fuego vehemente de la devoción y el rendimiento. Berruguete es la imaginería pulcra y primorosa, en quien la maestría del artista gusto de acumular pormenores de singular expresión, y lograr sus fines por medios más estéticos que emotivos; Juan de Juni es la exaltación pasional, que en las actitudes y en los rasgos vigorosos desenvuelve el poder de su fantasía; Gregorio Fernández es el realismo elocuente y avasallador, tanto más persuasivo cuanto que sus recursos, como más naturales, están al alcance de todas las inteligencias y de todas las sensibilidades.



Foto: Chema Concellón

En un artículo bastante conocido, que tituló "Los Santos de Valladolid", doña Emilia Pardo Bazán escribió lo siguiente: "Fernández no era lúgubre, triste ni melodramático; su religiosidad revestía formas plácidas y risueñas; su colorido era claro, brillante y puro; la luz del día alumbraba sus creaciones y esta especie de vida jubilosa y de culto a la belleza es lo que más distingue a la obra de que trato. Los que dan por cosa hecha que la religión en España fue un acceso de fanatismo visto la luz de una hoguera, observen a Gregorio Fernández y digan si cabe un artista más descendido del paraíso, más cercado de aureola, más murillesco en sus divinos ángeles, más luminoso y más mariano".

En verdad que esa vida jubilosa y ese culto a la belleza se advierten aun dentro de los asuntos patéticos que habían de inspirar

el arte de Gregorio Fernández. Para avivar más y más la fe, para exaltar los sentimientos del pueblo, y aún para reflejar con más fidelidad los suyos propios, supo con toda llaneza y desembarazo dar movimiento a figuras que en su misma verdad actual llevaban el grafismo de lo tradicional y auténtico.

Si aún queréis formar idea más cabal y exacta de lo que es ese arte peculiar de Gregorio Fernández, oíd estas palabras de Ricardo de Orueta: "Aunque Gregorio Fernández es muy artista, y muy buen artista, lo primero que aparece a través de su obra es el hombre de su tiempo: el devoto. Sus esculturas son bellas, producen emociones estéticas, deleitan; pero, más que eso, parecen hechas para que las recé la gente. Las tragedias cristianas narradas por él, se convierten en melodramas. Sus víctimas son



Foto: Chema Concellón

muy víctimas; inspiran más lástima que admiración y respeto; están arrancando el ¡pobrecito mío! de la devota; sus traidores, muy traidores; sus graciosos, verdaderos bufones. Pero este mismo deseo de acusar, y causar una impresión aguda y clara, le hace observar profundamente en el mundo que le rodea hasta llegar a la esencia del tipo o del carácter, y compenetrarse de un modo íntimo con el alma de Castilla, con sus vicios y sus virtudes, y, sobre todo, con la nota primera de su sensibilidad, lo que primero aparece su religión y su arte: con el dolor.”

A todo esto hay que agregar la diferente aptitud con que Gregorio Fernández refleja, cuando lo desea, los afectos tranquilos y apacibles, y, por lo que hace al dominio

técnico, la adaptación de la forma a las apariencias de vida y calor que da por resultado, según palabras de Sánchez Cantón, “esa blandura y morbidez en el modelado del desnudo, que siempre dominó, y en el que siempre se complació.”

Ante sus ojos absortos, el espectador verá desfilar en las procesiones de Semana Santa de Valladolid uno y otro pasó ejecutados por el gran escultor o por sus discípulos; pues en tal grado supo Gregorio Fernández imbuir en los hombres de su taller y en sus émulos los sentimientos que él llevaba dentro, que formó, no ya una escuela, sino más bien una integración unánime y perfecta. Y ese espectador extasiado verá pasar ante sí rostros divinos y angélicos, en que el amor y el dolor han trazado, con

expresión sublime, todos los transportes de los movimientos interiores; y otros rostros en que la ternura, la resignación y la melancolía apenas han puesto leves contracciones de angustia; y otros, finalmente, en que toda la maldad humana se asoma el semblante, en gestos patibularios y en torvas muecas que claramente delatan a los verdugos del Divino Redentor. Y en todas aquellas figuras, prodigio de la gubia, sorprenderá actitudes de tanta elocuencia y tanta verdad, que ellas por sí solas bastan para revelar los impulsos que animan la mente y el corazón de cada personaje. Si a esto se añade la solemnidad que prestan al desfile de estos espléndidos pasos las numerosas y severas cofradías que los acompañan, algunas de las cuales cuentan varios siglos de existencia, ya se comprenderá toda la grandeza que las procesiones de Valladolid revisten.

Mas si es Gregorio Fernández quien da mayor carácter a estas procesiones, no por ello faltan otros motivos de admiración y de fervor. Suficiente sería para ello esa portentosa Virgen de las Angustias, de Juan de Juni, una de las más admirables esculturas religiosas de España. Aquel malogrado poeta vallisoletano Pedro Gobernado, mi inolvidable, mi fraternal amigo, elevó las notas de su inspiración ante esta sublime imagen, en aquella poesía que termina así:

*Mañana, cuando recorras
las calles entre el inmenso
gentío, y a los acordes
que forma con tristes ecos
la música que te sigue
en el fúnebre cortejo;
cuando la noche sombría
vuelvas tu rostro hacia el pueblo
para despedirte de él
en el umbral de tu templo,*

*acuérdate del poeta
que con sentidos acentos
de vaga melancolía,
y en las tardes del invierno,
llena el alma de tristezas,
cuando los rayos postreros
del sol moribundo iban
a bañar tu rostro bello,
que ofrecía sus plegarias
y sus amorosos ecos
jecos del alma que aún vibran
en el fondo de mi pecho!*

Al apagarse las últimas resonancias de las procesiones vallisoletanas, cuando la multitud deja de agitarse por calles y plazas y las imágenes se recogen a sus respectivos templos, cuántas personas presenciaron el espectáculo grandioso que conmemora el sacrosanto drama del Gólgota, sienten muy hondos y muy intensos, lo mismo que el poeta, esos "ecos del alma que un vibran / en el fondo de sus pechos.



Foto: Chema Concellón

Semana Santa en Valladolid

Foto: Chema Concellón

Francisco de Cossío

FRANCISCO DE COSSÍO



Foto: Pedro Muñoz Rojo

Los dos polos de la Semana Santa española se hallan en Sevilla y Valladolid. Ambas ciudades, que irradian su influencia a lo circundante, Andalucía y Castilla, son los dos grandes centros españoles de imaginería religiosa, que adquieren su máximo prestigio profesional en el siglo XVII. Este gran impulso del arte y de la fe es muy difícil improvisarlo. Son obra del tiempo, y cuando el tiempo actúa sobre pasiones, ideas y sentimientos humanos, es cuando surge ese fenómeno inefable e indefinible que llamamos tradición. Los pueblos nuevos carecen de este resorte del pasado, en virtud del cual la vida quiere un sentimiento permanente y eterno, pues sobre ella actúan no solamente los vivos sino los muertos, creando en ciertos pueblos los más maravillosos signos de continuidad.

Toda la estatuaria religiosa castellana que tiene la madera como materia, el oro como elemento suntuario, y el color como medio de expresión realista, cobró un impulso extraordinario en el siglo XVI, y este impulso, en mayor o menor grado, llega las distintas regiones españolas, arraigando en Andalucía con una personalidad propia en el siglo XVII. Gregorio Fernández en Valladolid, y Montañés en Sevilla, son los dos grandes artistas representativos de este momento, en el que las imágenes se labran y se pintan y se visten y se decoran, aún más que para que permanezcan en el templo, para que salgan a la calle.

En Valladolid, precisamente, advertimos todo el desarrollo de este proceso. Terminados de construir los últimos templos góticos y construyéndose los primeros



Foto: Chema Concellón



Foto: Chema Concellón

templos renacentistas, surgen los grandes talleres de las artes menores, que han de servir para llenar estos templos, con altares, sillerías, tapices, vidrios y rejas. Nos hallamos en la época de los retablos. El artista más representativo de esta época es Berruguete. Se acaba la época de los retablos, y, en los talleres de escultura policromada, surgen nuevos encargos y aparecen las imágenes de devoción. Llenas las iglesias de Cristos y Dolorosas y santos y santos milagrosos, aparecen los pasos procesionales, en Valladolid en la época de Felipe III, y, con ellos, toda una organización profesional, que procede de los gremios y las cofradías. En Valladolid, como en Medina de Rioseco y en Zamora, aún se nos ofrecen, con altibajos de prosperidad y decadencia, cofradías que tienen cuatro siglos de vida. Los cargos

pasan de padres a hijos, creándose con ello una aristocracia cuyos apellidos constan, como en una ejecutoria, en los libros de las iglesias penitenciales.

Valladolid, pues, tiene por lo que respecta a la tradición, la supremacía de las procesiones españolas de Semana Santa, y por lo que respecta al arte, las imágenes más representativas de la imaginería española: Berruguete, Juni, Becerra, Pompeyo Leoni, Gaspar de Tordesillas, Esteban Jordán, Gregorio Fernández... en un periodo de cien años los talleres de escultura policromada de Valladolid no descansaron dando imágenes a todos los pueblos de España, inspiración a los artistas de distintas regiones, y dejando en Valladolid, y en un radio de cien km de la ciudad, las más maravillosas creaciones de su genio.

Así, en el aspecto artístico puede afirmarse que la exhibición de imágenes de la Pasión, en Valladolid, es un espectáculo único en el mundo. Por la cantidad y por la calidad, y, de otra parte, este desfile de imágenes y de pasos desde un punto de vista religioso, no tiene igual ya que la espectacularidad corresponde exactamente al sentido de las obras. No es una espectáculo improvisada, sino un rito consolidado por cuatro siglos ininterrumpidos, durante los cuales la fe y la piedad se iban transmitiendo de padre a hijo.

Una de las características de las procesiones de Valladolid es el silencio. Una multitud apiñada en calles y plazuelas recogidas en un dramático silencio, como si la Pasión del Señor fuese una cosa viva y real. Y he aquí la nota más característica de estos desfiles profesionales: el realismo. El realismo tal como se entiende el realismo español, que es convertir lo sobrenatural y maravilloso, en natural y cotidiano. En virtud de

este realismo, en determinados momentos el "paso" procesional se funde de tal manera con la multitud que sigue los pasos de Cristo en su Pasión, que no sabemos dónde está lo fingido y donde lo real. Y, a estos efectos, corresponde el ambiente de la ciudad, muchas de cuyas calles, y aún la misma plaza tienen todavía el ambiente que los escultores del siglo XVII percibieron para buscar el efecto más patético de sus creaciones.

Valladolid, sin perder el sentido más profundo de su tradición, ha encontrado en estos últimos años los resortes más poderosos de resurgimiento. Quien quiera percibir el sentido de la continuidad de la vida española, lo encontrará un día de Viernes Santo en Valladolid, a la media luz del atardecer, cuando en la ciudad se descubren los grandes remansos del tiempo, en los que parecen inmóviles con un aliento de eternidad las imágenes y las emociones, la voz del rezo y las lágrimas, los hombres y las cosas. Todo el pasado de madera y de carne.



Foto: Chema Concellón



Glosa al cartel de la Semana Santa del año 2014

Foto: Chema Concellón

RUTH RODRÍGUEZ GUILLÉN



Foto: Chema Concellón



Foto: Chema Concellón

Alcalde y miembros de la Corporación municipal

Autoridades

Presidente y miembros de la Junta de Cofradías de Semana Santa

Hermanos cofrades

Señoras, señores, Buenas tardes...

Esta es la imagen de Valladolid que posiblemente más se difunda este año 2014 en el mundo, porque este cartel anunciador de la próxima Semana Santa vallisoletana se verá en los cinco continentes, de forma física o a través de las redes informáticas. Y ahí radica en parte su importancia. Porque será, como cada año, el símbolo de una de las manifestaciones religiosas, pero también populares, que más gente congrega en las calles de Valladolid, y proyecta nuestra ciudad, mi ciudad, fuera de aquí.

Quiero agradecer a la Junta de Cofradías de Semana Santa su invitación a presentar este cartel por un doble motivo: porque anuncia la Semana Santa de mi ciudad, y porque sin saberlo previamente, parece que soy la primera mujer que lo hace. Como diría el refrán castellano, nunca es tarde si la dicha es buena, y sí lo es, porque podemos estar más que orgullosos de mostrar al mundo, en la calle (si el tiempo no lo impide) las obras que los imagineros crearon para que la iglesia difundiera su doctrina entre los fieles. Un a modo de Internet ciudadano, que ahora podría tener un cierto paralelismo en las redes de todo el mundo, al que yo invito, con permiso del señor alcalde, a que conozca de cerca en Valladolid.

La ciudad se transforma durante una semana. Se convierte en lo que desde los medios de comunicación llamamos "un



Foto: Pedro Muñoz Rojo

museo en la calle”, y así se refleja en el cartel de Miguel Ángel Soria. Fondo negro, nocturno, San Benito iluminado y en primer plano “los durmientes”, el paso que se conserva en el Museo Colegio de San Gregorio, saliendo del templo y camino de la procesión general del Viernes.

El Cristo Yacente, atribuido a seguidores de Gregorio Fernández, del siglo XVII, está dentro de la hornacina de madera, como un tesoro que corona el paso, escoltado en la cabeza y en los pies por dos ángeles que miran hacia afuera, entre guardianes y dolientes, obviando el sueño en el que ya han caído los cuatro soldados romanos aferrados a sus lanzas, a los que adivinamos ya incrédulos en su despertar tras la Resurrección y la tumba vacía. Porque la verdad es que este paso, el de la Cofradía del Santo Sepulcro, es el de la muerte pero el que anti-

cipa también la nueva vida, toda la historia del misterio religioso concentrada en este conjunto al que originariamente acompañó la cofradía de las Angustias, que fue quien lo encargó, hasta llegar a la del Santo Sepulcro, con quien procesiona ahora. Y lo hace por cierto sobre una carroza del siglo veinte, de la que tiran dos cofrades de blanco y morado, el otro color del cartel, con la que el paso recorrerá un año más las calles de Valladolid en las procesiones en las que participa, las de muerte y las de vida.

Hay en este cartel colores que trascienden del cartón. El amarillo de la luz, el negro de la noche, el caoba del paso, el morado de las telas... Hay algo de sonido y silencio en el dibujo del paso, que está aparentemente inmóvil, aunque camina hacia la procesión casi como un corazón a ras de tierra.



Foto: Chema Concellón

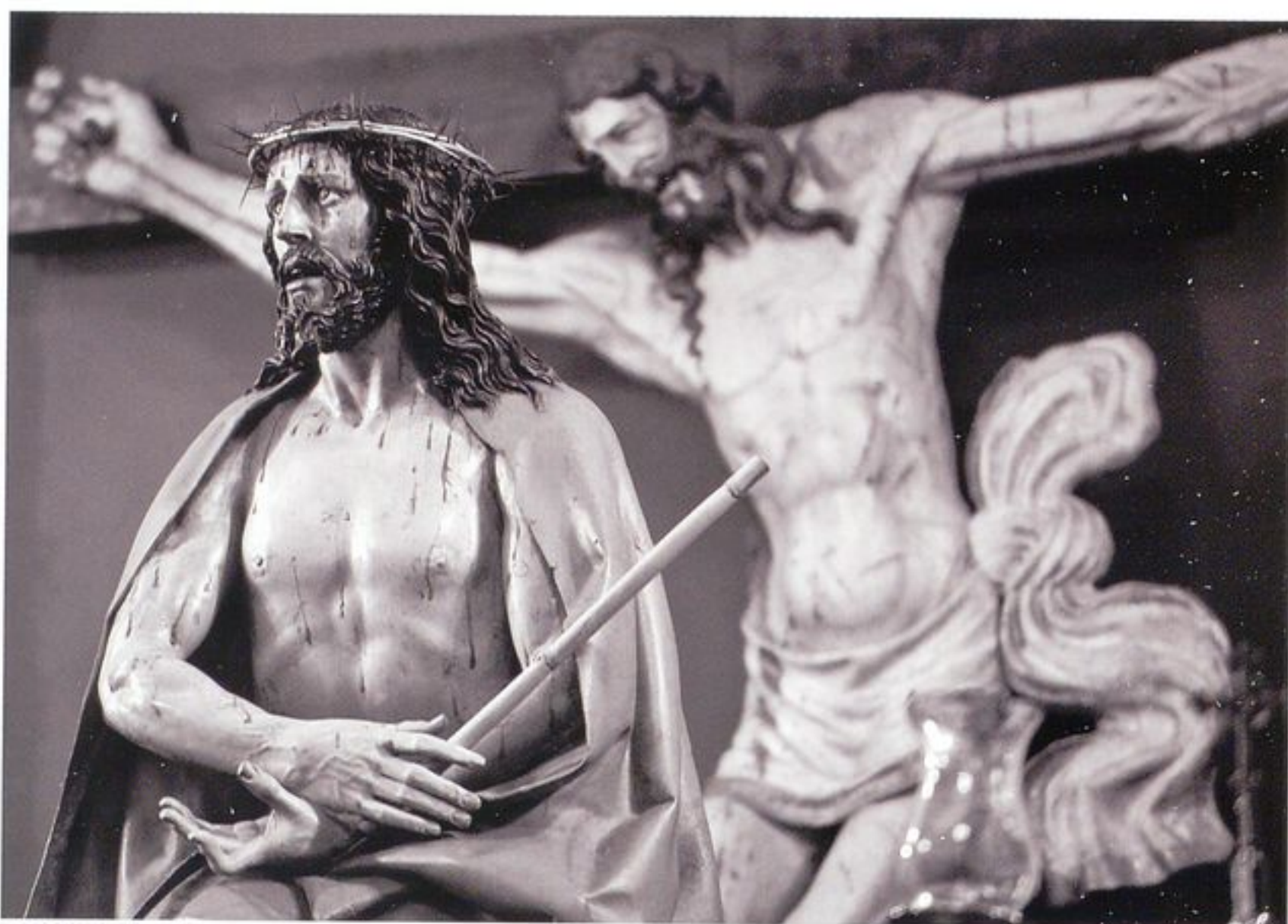


Foto: Chema Concellón

Y es solo parte de los colores nocturnos de la Semana Santa de Valladolid, que personalmente para mí está ligada por una parte a recuerdos de mi infancia y por otra a mi profesión como periodista.

He visto procesiones desde la antigua ventana de la oficina en que trabajaba mi padre en la calle Santiago; desde los altos del escaparate de una tienda también en esta calle cuando no era peatonal; apretujada por la gente en una esquina; corriendo de una calle a otra buscando las salidas nocturnas para completar el recorrido completo de los pasos; también enseñando a los amigos de fuera, andaluces incluidos, que se sorprendieron de la belleza de las imágenes.

Mis primeros recuerdos están unidos también a la, ahora creo poco seguida, tradición de aquellos recorridos por las siete

iglesias para ver los sagrarios vacíos, que yo hice agarrada de la mano de mis padres, y a los cacharritos de barro que me compraban en el sudario. Había siempre algo de emocionante en aquellos días en que no había cine, se apagaban las luces al paso de las procesiones y los tambores y las trompetas ocupaban la calle. Les confieso que es un recuerdo de la infancia que con el paso de los años no se ha borrado y que incluso me hizo sentir cierta nostalgia, sin ir más lejos el año pasado, cuando subida en una unidad móvil de la radio, narrábamos bajo la lluvia la noche del Jueves Santo vallisoletana para toda España. Es curioso cómo ese recuerdo infantil, visceral, conecta con los conocimientos adquiridos después con el estudio y el trabajo, y cómo hicieron más fácil comprender la intención de los imagineros, traductores en madera.

Mis padres, con pocos estudios, me señalaban la espalda del *Cristo del Perdón*, las colas del habito de los "barrenderos", los ladrones que flanqueaban al *Cristo de las Siete Palabras*, las grandes cruces que portaban a hombros algunos cofrades, y a los muchos penitentes descalzos, que aún hoy me producen gran impresión imaginando el frío que pasan al pisar el suelo. Todo eso supe años después que era el trabajo de imagineiros como Gregorio Fernández, Juan de Juni o Bernardo del Rincón, o que el sermón de las siete palabras era uno de los actos centrales de la Semana Santa y el que mas visitantes internacionales reunía en Valladolid. Lo he tenido que estudiar y aprender, pero ya lo sabía sin saberlo.... Y creo que algo de eso hay en los vallisoletanos durante la Semana Santa. No es que sea nuestra, es que es parte de nosotros, seamos o no católicos. Nos parece parte de la ciudad, como el Campo Grande, la Plaza Mayor o la Academia de Caballería, y conectamos a través de ella con nuestros antepasados de siglos de forma natural.

Como dijo el poeta sevillano Antonio Machado sobre su Semana Santa, *la fe de mis mayores...* pues eso.

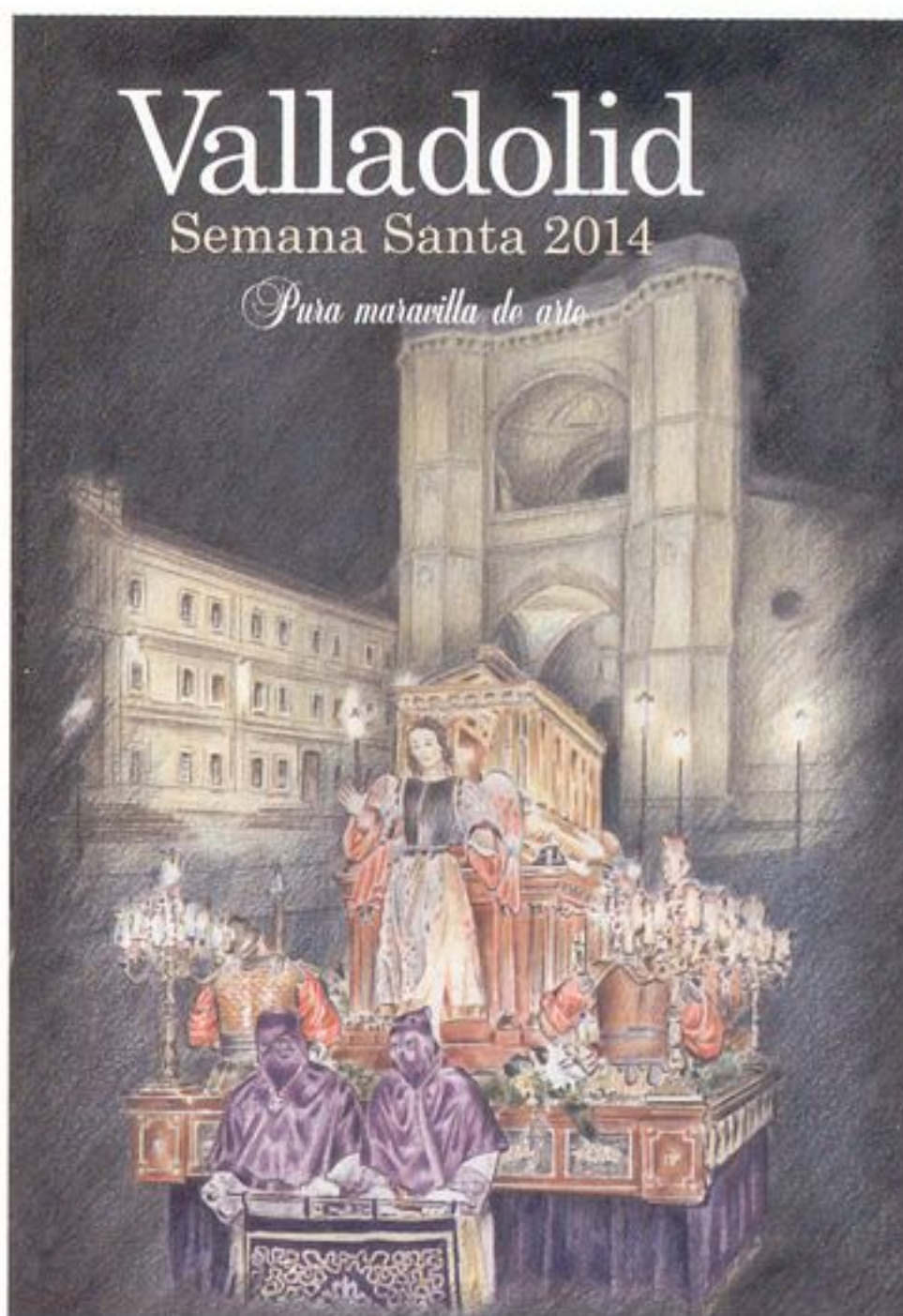
Señor alcalde, concejales, tienen la suerte de administrar una ciudad como esta. ¡Cuídenla!


Pronto veremos por las calles de Valladolid las procesiones. Este cartel será desde hoy el que las anuncie aquí y en el resto del mundo. Vayan mirándolo, tienen tiempo de buscarse en él, y seguro que encontrarán algo más que un colorido dibujo. Quizás vuelvan a sentirse los niños que con la mirada limpia se fascinaban con el movimiento de las luces de los pasos en su recorrido nocturno; con el ruido de las colas de

los hábitos; con el retumbar de tambores y cornetas; o se estremecían con la visión de la imagen del cuerpo de un Jesús lacerado por la tortura, o por su mirada ya perdida desde la cruz o en el sepulcro, y por las lágrimas de la Madre a la que acaban de matar al hijo y no tiene consuelo...

"...el día más hondamente silencioso...", como describió al Viernes Santo el periodista Francisco de Cossío, todavía se hará esperar. Pero mientras tanto, nos guía este cartel que esta tarde les hemos presentado.

Muchas gracias por su paciencia.





Mirar a Jesús y dejarse mirar por él

MONS. RICARDO BLÁZQUEZ
Arzobispo de Valladolid



Foto: Chema Concellón

La Semana Santa crea en la ciudad de Valladolid un ambiente, en que el descanso laboral no es simplemente ocio. Es un tiempo disponible para las celebraciones litúrgicas y procesiones por las calles y plazas, para la reflexión y la oración. La memoria de los misterios de la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo atraen la atención de sus moradores y visitantes, marcan el ritmo de la vida de las personas niños, jóvenes y adultos, e impregnan a todos de sentimientos profundos y purificadores.

La pasión y muerte de Jesús es una escuela de virtudes. El Hijo de Dios se hizo hombre para redimirnos y darnos ejemplo de vida, decía el antiguo Catecismo con palabras de Santo Tomás de Aquino. Pues bien, a lo largo de la pasión los ejemplos se

condensan. En el Huerto de los Olivos y en la misma cruz Jesús es modelo de oración ante las pruebas y la muerte. La paciencia humilde la ejercita ante la traición y negaciones de sus discípulos y ante los insultos y escarnio de sus enemigos. Obedeció al Padre sometiendo su voluntad al designio divino. Nos dio la prueba suprema del amor, ya que “nadie tiene amor más grande el que da la vida por sus amigos” (Jn. 15, 13). Murió por nosotros, por nuestros pecados, en lugar nuestro.

Jesús es modelo singular de compasión y de misericordia, como atestigua la Sagrada Escritura y los imagineros han plasmado uniendo genialmente la inspiración artística con la piedad y la fe. Tengo dos experiencias reiteradas que dada la ocasión siempre reviven y se acrecientan en mí. Una en Lourdes



Foto: Chema Concellón

y la otra en la Iglesia penitencial de la Santa Vera Cruz de Valladolid. A medida que se entra en el recinto del Santuario de la Virgen de Lourdes el ambiente religioso va invadiendo a la persona, y al llegar a la gruta de las apariciones experimento una atracción a rezar, ayudado por el silencio exterior que favorece el silencio interior, por la oración de otras personas, por la contemplación de la imagen de la Virgen en la hendidura de las rocas, por la memoria de lo acontecido allí. Pues bien, algo parecido experimento cuando paso delante de la imagen de "Cristo atado a la columna" de Gregorio Fernández (1619). Las heridas están abundantemente marcadas en su cuerpo; pero la mirada es serena y nada convulsa por el sufrimiento. Su mirada busca comunicación con quienes contemplan la imagen. Gómez

Moreno escribió de Gregorio Fernández: "Hace escultura como quien hace oración". El rostro mira compasivo y sin altivez; sus ojos son suplicantes pero con dignidad. Cristo atado a la columna sería la expresión y la medida de la excelencia artística y del sentido religioso del autor. Ante esta imagen me he sentido repetidas veces retenido como por un imán. He contemplado y me he dejado contemplar; ponerse bajo el amparo de esta representación de Jesucristo en su pasión invita a la renovación de la vida y del corazón.

Jesús en su pasión pidió misericordia y ofreció misericordia. Suplicó misericordia en la oración del Huerto y colgado en la cruz; quien pasó haciendo el bien y curando (cf. Act. 10, 38) apela a la misericordia cuando es arrestado, ultrajado, flagelado,

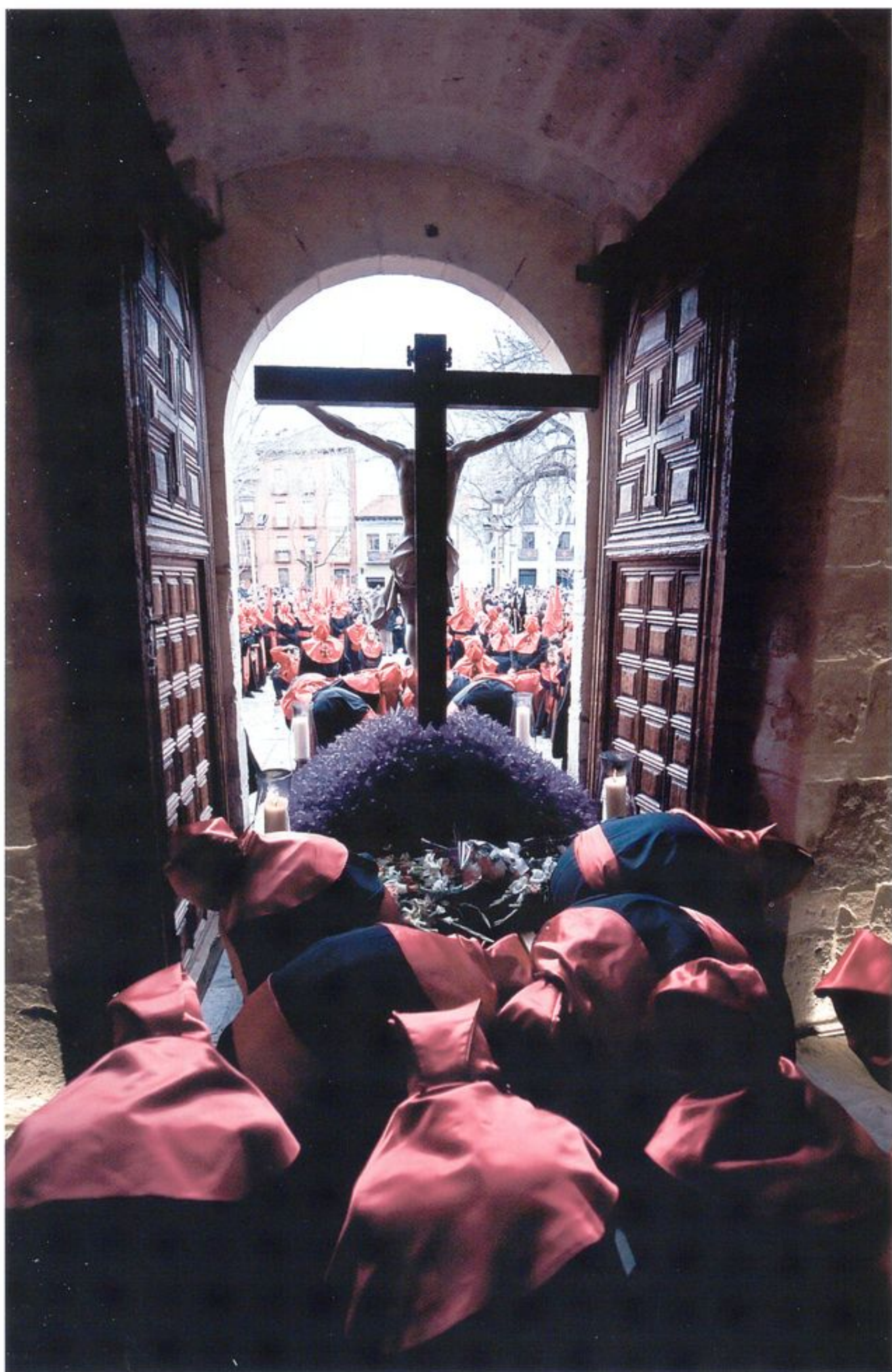


Foto: Chema Concellón

coronado de espinas, condenado a muerte y colgado en la cruz entre terribles tormentos. Las dos formas de mirada –pedir compasión y ofrecer compasión– manifiestan el Cristo atado a la columna esculpido por Gregorio Fernández que dejó en Valladolid obras admirables y admiradas. La belleza aquí habla también el lenguaje de la piedad y de la fe.

La misericordia es el poder del amor que prevalece sobre el pecado. Nuestro mundo necesita ciertamente respeto a los derechos humanos de todas las personas, particularmente de los más débiles e indigentes; necesita que triunfe la justicia para poner orden entre las personas y dar a cada uno lo que le corresponde; pero la misericordia, sin negar la justicia, es el amor que perdona y reconcilia. Más allá de lo estric-

tamente requerido por la justicia, el amor muestra una generosidad que abraza al hijo pródigo, regenera el corazón del perdido y devuelve la dignidad de hijo. Para la vida en común, para abrirnos juntos a un futuro de esperanza, necesitamos la fuerza del amor que inclina a la misericordia.

La celebración de la Semana Santa nos invita a acercarnos a Dios y a pedirle un corazón nuevo. El atractivo de nuestra Semana Santa debe mucho a artistas como Gregorio Fernández y a la tradición viva de generación en generación de los sentimientos humanos y religiosos más profundos. El amor siguiendo el estilo de Jesús se hace especialmente visible en contacto con el sufrimiento, la injusticia, la pobreza y el pecado.



Foto: Pedro Muñoz Rojo



Pasión evocada, invocada

JESÚS JULIO CARNERO GARCÍA
Presidente de la Diputación de Valladolid

Foto: Chema Concellón



Foto: Alfredo Miguel Romero

Llegó el momento. Como cada año, las calles de Valladolid se llenan de gente para vivir la Semana más importante de la capital. Estaremos los de aquí, los de siempre, pero también miles de personas que llegarán de otros puntos atraídos por la fama de ese museo en la calle que ofrece nuestra ciudad.

Es el primer reclamo. La imaginería barroca, su fuerza expresiva, sus sentimientos desbordados, la pasión del escultor que muestra a quien se para en la acera la grandeza de la Pasión del que murió por todos, incluso por los que no creen en Él. Esa imaginería que durante el año duerme en el Salón de Pasos del Museo de San Gregorio, o en iglesias como la Vera Cruz, las Angustias, San Martín... O en conventos y capillas, da igual el lugar...

Porque lo importante es que, llegada oficialmente la primavera aunque el frío desmienta al calendario, las tallas renuevan su compromiso con la calle para la que fueron hechas. Y ahí, en la calle, está la gente, estamos los vallisoletanos que nos agolpamos para volver a ver desfilar, al ritmo parsimonioso del tambor y envueltos en un silencio sólo rasgado por el lamento de las cornetas, al Atado a la Columna, a la Quinta Angustia, al Cristo de la Luz o a la Virgen de las Angustias...

Personas y pasos. Esa es la grandeza de la Semana Santa de Valladolid. Hay otros elementos importantes, sí, pero las imágenes nacidas de las gubias de los imagineros y el público para el que fueron hechas son la esencia que ha garantizado más de cinco siglos de procesiones y desfiles.



Foto: Chema Concellón

Personas y pasos. Esencia de la religiosidad popular que alcanza su máximo exponente en los días que van desde el Viernes de Dolores hasta el Domingo de Resurrección, de esa religiosidad que nace en el ámbito familiar y que se alimenta de las vivencias colectivas, de todo tipo. En definitiva, que nos hace sentirnos parte de una sociedad, de una tradición, de una fe, de una cultura y de una historia que se consolidan y renuevan año a año. Siempre igual y cada año diferente.

Hay más. Hay también un sentimiento de orgullo de lo propio. Sin duda de las tallas, de la magnífica imaginería barroca de Gregorio Fernández, de Juan de Juni, de Pompeyo Leoni, de Francisco del Rincón, de Andrés Solanes. Imágenes cuya expresividad, como asegura el profesor Enrique

Gavilán “se orienta hacia la mirada, a despertar a través de ella la compasión por el sufrimiento del justo”. O como dijo con mirada más creyente en su pregón pronunciado en 1986 Godofredo Garabito, pasos que nos muestran cómo “la Redención se hace carne en la madera”.

Pero orgullo también de la ciudad, de nuestra ciudad, escenario perfecto para esa representación de la Pasión que es cada una de las procesiones por nuestras calles, lo que propicia que todo ello, pasos, personas y ciudad, se fusionen para crear un sentimiento especial.

Así ocurre cada Domingo de Ramos, con los cientos de niños que agitan sus palmas ante el paso de La Borriquilla. Y a partir de ahí, decenas de momentos que dependen de la predilección de cada uno. Ya



Foto: Chema Concellón

sea el rezo de las letanías de la Virgen en la Plaza de San Pablo, el encuentro de la Virgen y su Hijo ante la fachada del Palacio de Santa Cruz, la Estación de Penitencia de la Peregrinación del Silencio en la Catedral, el Cristo de la Luz ante la fachada de la Universidad, el Sermón de las Siete Palabras en la Plaza Mayor convertida en templo abierto, la salve popular ante la fachada de las Angustias, el paso del Yacente por el Puente de Isabel la Católica o la alegría de las palomas inundando el cielo de la capital en el Domingo de Resurrección. Poderosos momentos también en los barrios, con el *Vía Crucis* en las Delicias, la *Renovación de la Promesa* en La Pilarica, el paso de *la Piedad* en Las Batallas, *la Humillación* en San Nicolás o el *Miserere* en Girón. Miles de instantes colectivos que dejan una profunda huella individual en cada uno de nosotros

Tal vez por ello cada vez somos más los que formamos parte de nuestra Semana Santa. Un crecimiento que tiene su aspecto más llamativo en la participación y el compromiso creciente de los jóvenes. Algo que puede sorprender en un mundo cada vez más globalizado, digitalizado y aséptico, que acerca lo lejano y que por desgracia también está alejando lo cercano. En el fondo, no deja de ser curioso que cuanto más se empeñan algunos en lanzar mensajes de laicidad, de relegar lo religioso al ámbito de lo privado, más fuerza cobra nuestra Semana Santa, más jóvenes se incorporan a las calles para llevar a cabo una búsqueda de las propias raíces personales y asumir un pasado familiar y colectivo. Individualidad y colectividad, una dualidad que nos hace seres humanos.

Tradicición y espiritualidad. Sentido de lo propio vivido en comunidad y con senti-

miento de transcendencia en su más estricto significado académico de aquello que está más allá de los límites naturales y desligado de ellos. Esa parte de la persona en donde se alojan los valores, el sentido de la vida y de la muerte, también la relación con Dios. Una relación íntima, individual, que se vive de manera única en estos días en el que recordamos el Misterio esencial de la fe de los que nos sentimos católicos: la Muerte y la Resurrección del Hijo de Dios, de Dios mismo hecho hombre.

Como dijo nuestro maestro Miguel Delibes, "lo importante de la Semana Santa vallisoletana es el silencio; un silencio espeso y sombrío y doliente que encubre y arropa una honda emoción popular".

Personas, pasos, calles y plazas, orgullo de lo nuestro, participación, tradición, espiritualidad y silencio que invocan y evocan la Pasión.



Foto: Chema Concellón

RESOLES DE RESURRECCIÓN

GUILLERMO GARABITO



Foto: Alfredo Miguel Romero

La ciudad del Pisuerga y la Esgueva, cumplido el tiempo, abre de par en par las puertas de sus iglesias, de su fervor más solemne y de su tradición más insigne. Por unos días, cofradías y cofrades, *procesionan* oraciones calladas y majestuosas tallas. Entre tanto, calles y templos se visten con todo el caudal de colores penitenciales. Y así, recorriendo la ciudad entera, se va gestando todo el misterio de Redención.

En Valladolid parece difícil creer que las Vírgenes sean tan solo madera, que no sean en verdad de carne maltratada y pesarosa. Que los Cristos, son solo pinos heridos de clavos y de espinas. Pero es así, son madera, tan solo son eso; madera dolorida, casi viva.

Entre los días que transcurre la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, a cada

rincón del camino hay una iglesia y a cada iglesia, parece nacerle una procesión vestida de dolor y penitencia, que entre recoletas calles de marcado sabor conventual y místico transcurre, recreando todo el drama de Salvación. Porque el Valladolid de hoy, como antaño, conserva fiel a sus creencias las tradiciones más ínclitas y arcanas. Unas procesiones que, muestra de la devoción más fervorosa, se suceden a lo largo de estos días.

Antigua tradición la de las procesiones vallisoletanas, de las que nos llegan sus primeros testimonios escritos en la "Fastigi-nia" del portugués Pinheiro Da Veiga. Ya entonces, antes de Juni, Francisco de Rincón, Gregorio Fernández o Pedro de la Cuadra, era esta celebración 'Pura Maravilla de Arte' entre los foráneos y propios, cuando los pasos aún eran de papelón y las cofradías,



Foto: Chema Concellón



Foto: Chema Concellón



Foto: Pedro Muñoz Rojo

primitivas y recias de trabajo. En Semana Santa, a la ciudad se le rompe la cotidianidad del tiempo, para hilarse a ese otro de cada primavera, por el que bien pudiera parecer no pasan los años y la historia. Y mientras ahora, los pies descalzos del cofrade, penitentes, pisan la fría piel de las aceras y el asfalto, habrá quien crea ver que son los mismos de antaño, desgranado el polvo de la misma calle, sin sandalias ni borceguíes. Porque la Semana Grande, aquí, está formada por los presentes y los ausentes, por los que ahora están, pero también por los que velan por ella desde el Cielo. Y así, en este rincón de Castilla, que se hace cada año muestra de piedad popular, a golpe de trabajo e inquebrantable fe, la Semana Santa tornó en 'Pura Maravilla de Arte'.

A cada jornada de estos días, la ciudad se crece entre el sentimiento austero y profundísimo de su fe más íntima. Porque Valladolid es toda alma cumplido el tiempo; alma descarnada de dolor que ora incesantemente por la redención de sus gentes, erigiendo al cielo sus súplicas en forma de espigadas plegarias que petrificaron, dando forma a espadañas y chapiteles; torres de iglesias y templos. Y la ciudad pinciana, por unos días, es un lienzo tejido por la intrahistoria de mil hebras que se hilvanan en el tiempo, de estampas únicas e irrepetibles, donde se enmarcan curiosos sucesos, como el que me descubrió el escritor, académico y gran conocedor de nuestra Semana Grande, José Delfín Val. Me relató hace no mucho cómo a la Virgen de la Vera Cruz, hecha por obra, arte y devoción de Gregorio



Foto: Chema Concellón

Fernández, le descubrieron en 1985, mientras la restauraban, escondido desde hacía casi un siglo en uno de los brazos, el exvoto de tres que venían de la Guerra de Cuba. Y lejos de volver cantando, sobre un periódico de 1896 escribieron, piadosos, sus plegarias a la Virgen, y en ella las depositaron. Esas son las gentes buenas de ayer y de hoy, que se confían a la Madre y al Hijo, en una ciudad donde, como escribiera mi abuelo, Godofredo Garabito, "la redención se hace carne en la madera". En una madera de pino cortado en buena luna, a la que los más diestros imagineros, inspirados de contrición, ayuno y oración, supieron buscarle el alma y vestirla de eternidades. Los mismos leños, que de mañana, reflejan brillos dorados si el cielo, compungido, mantiene el temple de no darse a las lágrimas más amargas.

Pero de atardecida, por estos lares, se le rompe el alma a uno de escuchar el silencio de vírgenes llorando, mudas de tiempo y de madera, con miradas dolientes de eternidad, que a cada procesión reviven la muerte de su Hijo, año tras año. Al morir la tarde, en cárdenos colores flagelada, al relente de la luna de Nissán, parecen formarse por leves momentos, remansos de paz evanescente entre los rincones de esta ciudad desfallecida de dolor. Remansos, que se disipan penitentemente con cada procesión que nace de los adentros de una iglesia cualquiera. Anunciada a toque de cornetas y tambores, la paz se escapa por dar comienzo nuevamente a todo el drama de la Pasión que en estos días se sucede por una ciudad en la que hasta las piedras, vestidas de siglos, cuando pasa una procesión se encogen y oran fervientemente.

Y en la noche del Jueves Santo, noche oscura, callada y viva, el cielo viste su pena de un negro como nuevo y aterciopelado, no usado, que echa sobre los hombros de la Virgen de las Angustias —la Dolorosa de dolor más sereno y vivo salida de la gubia de Juan de Juni— para abrirla con un manto de sombra, donde se engazarán, como piedras preciosas, las oraciones de los presentes. Y la Virgen de las Angustias, señora de Valladolid en ese instante, anda... camina sobre los hombros de los cofrades, para llegar hasta la calle donde encontrar a su Hijo, al Jesús de la Esperanza —del imaginero vasco Juan Guraya— el de la esperanza en los hombros, el de la esperanza en la Resurrección.

A fin de cuentas, la Semana Santa de Valladolid son días de un silencio austero y mudo, donde la mundanidad trasciende. Son jornadas de recogimiento y contrición, en donde se entiende todo sin decir una palabra.

Entre tanto y como cada año, por unos días, esta ciudad del conde Ansúrez será la

mismísima Jerusalén de XXI siglos atrás. De olivos en oración lenta, que velarán la vigilia de Jesús como en el Getsemaní de entonces. Las gentes de bien de esta urbe, saldrán al paso del Señor para acompañarlo en su roto caminar hacia el Calvario. En el Vía Crucis que recorre el Nazareno desfallecido y coronado de espinas por la Plaza Mayor se harán presentes la Verónica y el de Cirene. Y el Viernes de la Cruz, al mediodía, en la hora de sexta, Valladolid entre nubes compungidas, será el Gólgota mismo y el templo se le rasgará a esta ciudad por su torre ausente. Mientras, esa misma noche, María, sola de sombra, sin el fruto de su vientre, recorrerá con un cilicio de dolor y penas lacerándola el corazón, sendas de redención consumada. Para que el sábado, todo quieto, luctuoso y sombrío, de tinieblas y recogimiento, de paso a un domingo que se nace a esta orilla del Pisuerga, alborozado por anunciar la buena nueva, entre resoles de Resurrección.



Foto: Alfredo Miguel Romero

Cofradías y Pasos

participantes en la Procesión General
de la Sagrada Pasión del Redentor



Foto: Chema Concellón

- **Cofradía Penitencial y Sacramental de la Sagrada Cena (1940)**

Iglesia parroquial de San Pedro Apóstol

Paso 1. Jesús de la Esperanza
[Juan Guraya Urrutia, 1946]

Paso 2. La Sagrada Cena
[Juan Guraya Urrutia, 1958]

- **Cofradía Penitencial de la Oración del Huerto y San Pascual Bailón (1939)**

Iglesia conventual del Corpus Christi

Paso 3. La Oración del Huerto
[Andrés Solanes, h. 1629]

Paso 4. Prendimiento de Jesús en el Huerto de los Olivos [Miguel Ángel Tapia, 1995-2011]

- **Cofradía de Nuestro Padre Jesús Resucitado, María Santísima de la Alegría y las Lágrimas de San Pedro (1959)**

Iglesia conventual de Ntra. Sra. de Porta Coeli

Paso 5. Las Lágrimas de San Pedro
[Obra atribuida a Pedro de Ávila, h. 1720]

- **Hermandad Penitencial de Nuestro Padre Jesús atado a la columna (1930)**

Iglesia conventual de Santa Isabel de Hungría

Paso 6. Preparativos para la Flagelación
[José A. Hernández Navarro, 2004]

Paso 7. El azotamiento del Señor
[Escuela Castellana, h. 1650]

Paso 8. El Señor atado a la columna
[Gregorio Fernández, h. 1619]

- **Hermandad del Santo Cristo de los Artilleros (1944)**

Iglesia penitencial de la Santa Vera-Cruz

Paso 9. Ecce-Homo
[Gregorio Fernández, h. 1620]

- **Insigne Cofradía Penitencial de Nuestro Padre Jesús Nazareno (1596)**

Iglesia penitencial de Nuestro Padre Jesús Nazareno

Paso 10. Nuestro Padre Jesús Nazareno
[Escuela Castellana, último tercio del siglo XVII]

- **Cofradía Penitencial del Santísimo Cristo Despojado, Cristo Camino del Calvario y Ntra. Sra. de la Amargura (1943)**

Iglesia parroquial de San Andrés Apóstol

Paso 11. Camino del Calvario
[Gregorio Fernández, 1614; la imagen de Cristo, atribuida a Pedro de la Cuadra, 1600-1620]

Paso 12. Preparativos para la Crucifixión
[Juan de Ávila, 1679]

Paso 13. Santísimo Cristo Despojado
[José Antonio Hernández Navarro, 1993]

- **Cofradía Penitencial de la Sagrada Pasión de Cristo (1531)**

Iglesia del Real Monasterio de San Quirce y Santa Julita

Paso 14. Santísimo Cristo del Perdón
[Bernardo del Rincón, 1656]

• **Cofradía de la Exaltación de la Santa Cruz y Ntra. Sra. de los Dolores (1944)**

Iglesia parroquial de Nuestra Señora del Carmen [Delicias]

Paso 15. La Elevación de la Cruz

[Francisco del Rincón, 1604]

• **Cofradía de las Siete Palabras (1929)**

Iglesia parroquial de Santiago Apóstol

Paso 16. Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen [La figura de Cristo es obra de Gregorio Fernández, h. 1610

- Iglesia parroquial de Laguna de Duero. Los sayones, taller de Gregorio Fernández, siglo XVII]

Paso 17. Hoy estarás conmigo en el Paraíso

[Francisco del Rincón, h. 1606]

Paso 18. Madre, ahí tienes a tu hijo

[Cristo del Amparo, Gregorio Fernández, h. 1621; Virgen y San Juan, Gregorio Fernández, h. 1607]

Paso 19. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

[Anónimo, segundo cuarto del siglo XVI]

Paso 20. Sed tengo

[Gregorio Fernández, 1612-1616]

Paso 21. Todo está consumado [Cristo, anónimo del siglo XVII; la Virgen, San Juan y María Magdalena, de seguidores de Gregorio Fernández, h. 1650]

Paso 22. En tus manos encomiendo mí espíritu

[Cristo, de Pompeyo Leoni; los dos ladrones, copia de los de Gregorio Fernández, conservados en el Museo Nacional de Escultura]

• **Hermanidad Universitaria del Santísimo Cristo de la Luz (1941)**

Capilla del Colegio Mayor Santa Cruz

Paso 23. Santísimo Cristo de la Luz

[Gregorio Fernández, h. 1630]

• **Real y Venerable Cofradía de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo (1929)**

Iglesia parroquial de Santa María de la Antigua

Paso 24. Santo Cristo de la Preciosísima Sangre

[Lázaro Gumiel, 1953]

• **Cofradía El Descendimiento y Santo Cristo de la Buena Muerte (1939)**

Iglesia parroquial de San Miguel y San Julián

Paso 25. El Descendimiento

[Gregorio Fernández, 1623; la figura de la Virgen fue realizada en 1757]

• **Cofradía Penitencial de la Santa Vera Cruz (1498)**

Iglesia penitencial de la Santa Vera Cruz

Paso 28. Ntra. Sra. de la Vera Cruz

[Gregorio Fernández, 1623]

• **Muy Ilustre Cofradía Penitencial de Ntra. Sra. de la Piedad**

Iglesia parroquial de San Martín

Paso 26. Cristo de la Cruz a María

[Escuela de Gregorio Fernández, h. 1642); el cuerpo de José de Arimatea es obra de José Antonio Saavedra, 1995]

Paso 27. La Quinta Angustia

[Gregorio Fernández, h. 1625]

• **Cofradía de la Orden Franciscana Seglar V.O.T. (finales del siglo XV)**

Iglesia parroquial de la Inmaculada Concepción

Paso 29. La Santa Cruz Desnuda

[Francisco Fernández León, 1993]

• **Cofradía del Santo Entierro (1930)**

Real Monasterio de San Joaquín y Santa Ana

Paso 30. Cristo Yacente [Gregorio Fernández, obra de taller, 1631-1636]

• **Cofradía del Santo Sepulcro y del Santísimo Cristo del Consuelo (1945)**

Iglesia conventual de San Benito

Paso 31. Santo Sepulcro

[Alonso y José de Rozas; durmientes y ángeles, último cuarto del siglo XVII; Yacente y Urna, anónimo h. 1630]

• **Ilustre Cofradía Penitencial de Ntra. Sra. de las Angustias (1536)**

Iglesia penitencial de Ntra. Sra. de las Angustias

Paso 32. Ntra. Sra. de las Angustias

[Juan de Juni, posterior a 1561]



COLABORACIONES

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID

EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE VALLADOLID

JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN

MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

MUSEO NACIONAL DE ESCULTURA

ASOCIACIÓN PROVINCIAL DE EMPRESARIOS DE HOSTELERÍA

SOCIOS PROTECTORES

REVISTA OFICIAL DE LA JUNTA DE COFRADÍAS
DE SEMANA SANTA DE VALLADOLID



Ayuntamiento de
Valladolid

JUNTA
DE
COFRADÍAS
DE SEMANA SANTA
VALLADOLID



Edita : Ayuntamiento de Valladolid
(Junta de Cofradías de Semana Santa)

© De la edición: Junta de Cofradías de Semana Santa

© Fotografías: Sus autores

Fotografía portada: Chema Concellón

Fotografía contraportada: Pedro J. Muñoz Rojo

Fotografías interior: Chema Concellón, Pedro J. Muñoz Rojo
y Alfredo Miguel Romero

Diseño: dDC

D.L.: VA-179/2014

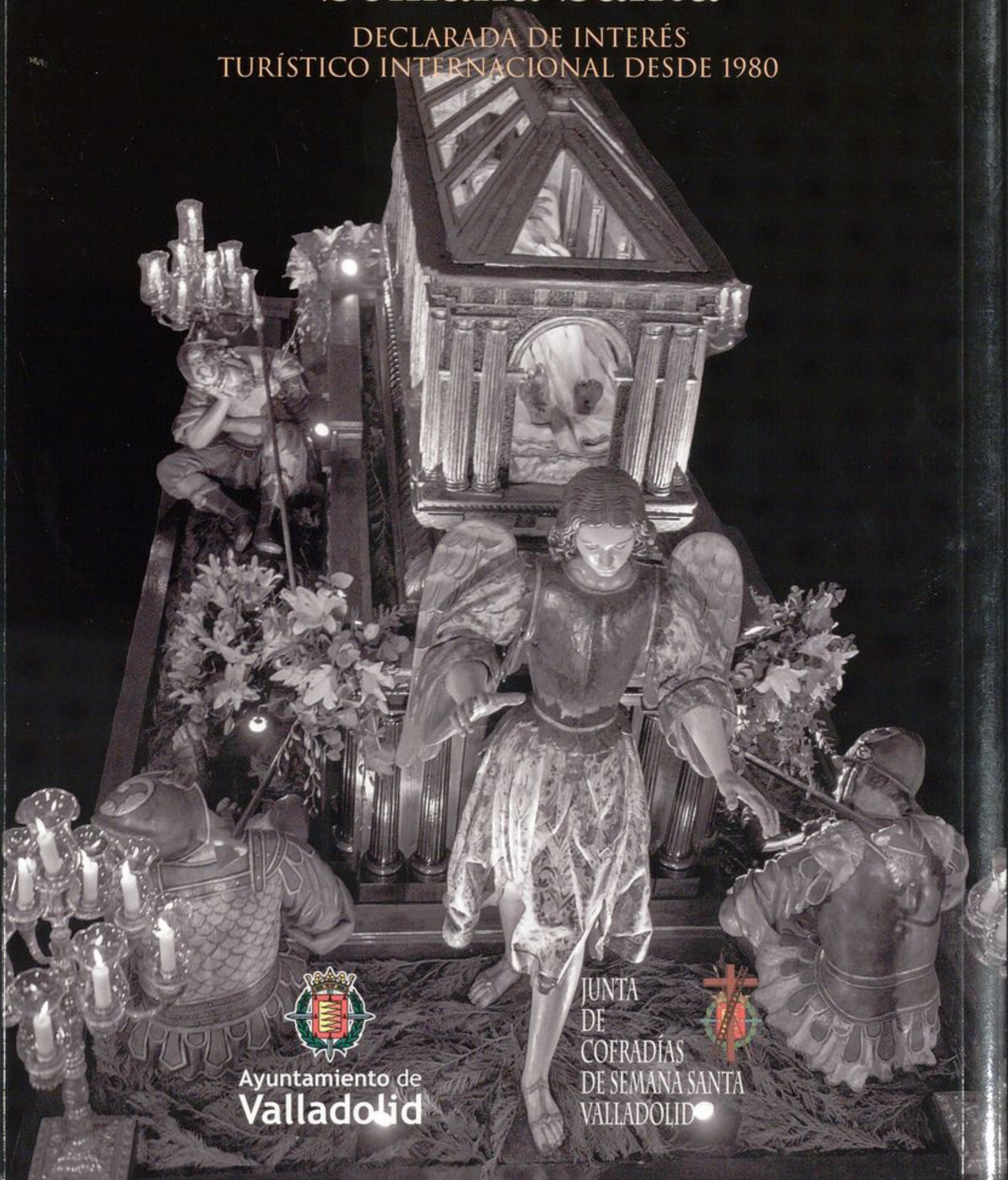
Printed in Spain. Impreso en España

Imprime: Imprenta Municipal

Valladolid

Semana Santa

DECLARADA DE INTERÉS
TURÍSTICO INTERNACIONAL DESDE 1980



Ayuntamiento de
Valladolid



JUNTA
DE
COFRADÍAS
DE SEMANA SANTA
VALLADOLID